

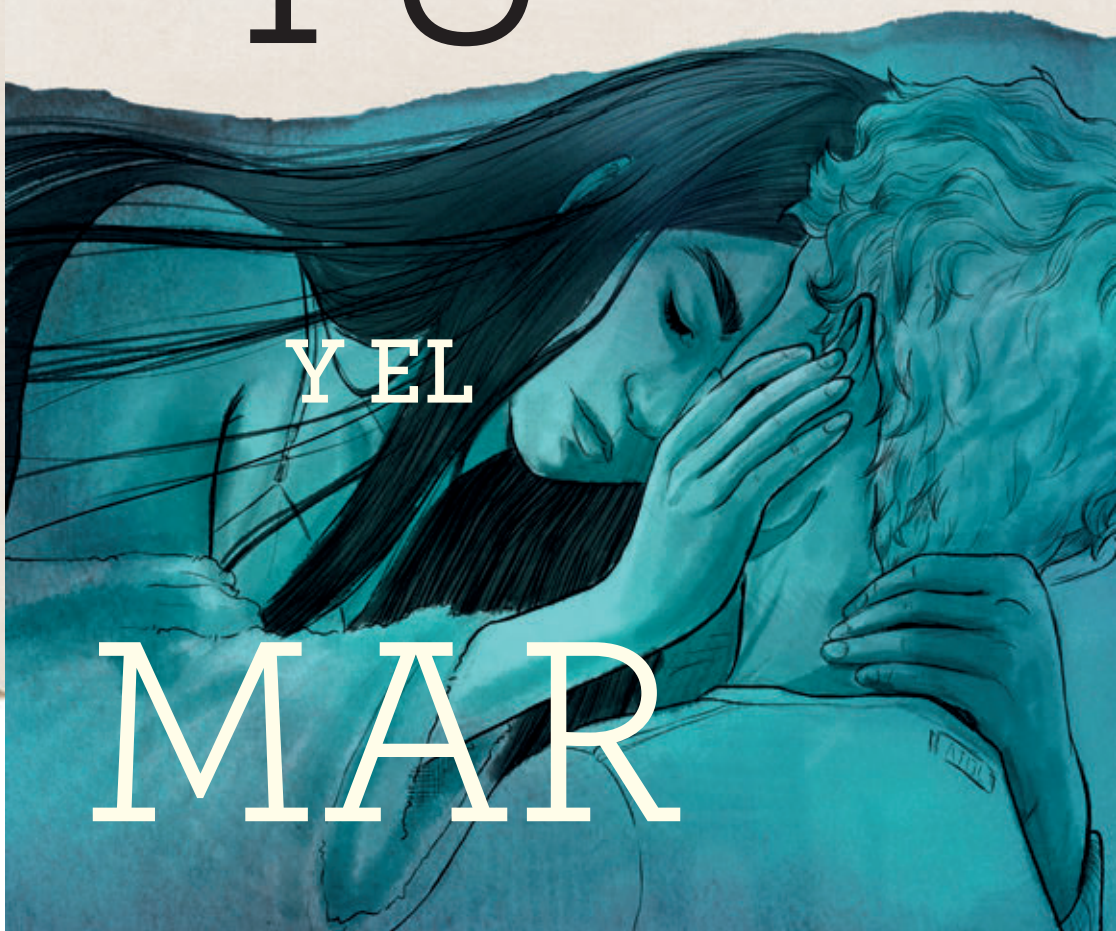
Marzia Sicignano

CROSS
BOOKS

YO, TÚ

Y EL

MAR



YO,
TÚ

Y EL

MAR

Marcia Sicignano



CROSSBOOKS, 2020
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Io, te e il mare*
© del texto: 2018, Mondadori Libro S.p.Aa, Milán
Imágenes de Jorge García Ruiz
© de la traducción: M^a Ángeles Cabré, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: marzo de 2020
ISBN: 978-84-08-22420-4
Depósito legal: B. 2.547-2020
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

De cuando te vi por primera vez, lo que recuerdo con certeza es que me sobresalté. «Hola», me dijiste, y yo tardé un poco en contestar. No sabía que, cuando alguien llega a tu vida para alterarla, te dice tan solo «hola». Ese sobresalto era conciencia: tú me cambiarías la vida y yo cambiaría la tuya.

Al primer «hola»
yo no sabía
que un poco me cambiarías entera,
que me harías más valiente,
menos paranoica y menos sola
y un poco más consciente
y más yo de lo que nunca he sido,
ignoraba que tendría siempre tus ojos dentro
como estrellas en el cielo algo cubiertas por la niebla.

Al primer «hola»
que me dijiste en voz baja,
yo no sabía que el tiempo desde ese día ya no nos rozaría,
que no notaríamos que pasaba, aunque en realidad
pasara tan tan rápido
que hasta el lunes se haría domingo,
y que sería siempre primavera en todos nuestros in-
viernos
cada instante,
no sabía que me alumbrarías en la oscuridad,

que abrazarías con fuerza mis fantasmas para que se sintieran menos solos,
que me dejarías aquí esperándote cada vez, cada momento,
como si la vida empezara siempre donde acabas tú.
No sabía,
al primer «hola» algo torpe,
que todo lo que sabía desde ese instante ya no contaría,
que junto contigo conocería la rabia, el dolor,
las paranoias y el rencor
y la maravilla de despertarme y saber que vería tus ojos
y que, sin duda, me bastarían para olvidar todo el mal.
Al primer «hola»
que nos dijimos inciertos,
yo no sabía que el amor existía de verdad
y que, de repente, se volcaría en los ojos directamente desde tus grandes sonrisas —como un océano entre los cabellos—,
no, no lo sabía
pero
lo intuía.

Cuando te vi por vez primera fue como encontrar la parte de mí que había perdido, quizás cuando pisé por primera vez este mundo.

¿Tú te has sentido alguna vez solo en el mundo? ¿Partido por la mitad, como si te faltara algo?

Yo siempre me he sentido partida. Una vez me dijeron que un niño, al nacer, creía ser tan solo una prolongación de su madre. Cuando la tiene cerca se siente omnipotente y, en cambio, cuando no está siente un vacío dentro.

Debe de ser por eso que arrastro este vacío inmenso quizás desde antes de tener las palabras para explicarlo.

A mi madre la perdí antes de aprender a hablar, antes también de aprender a andar.

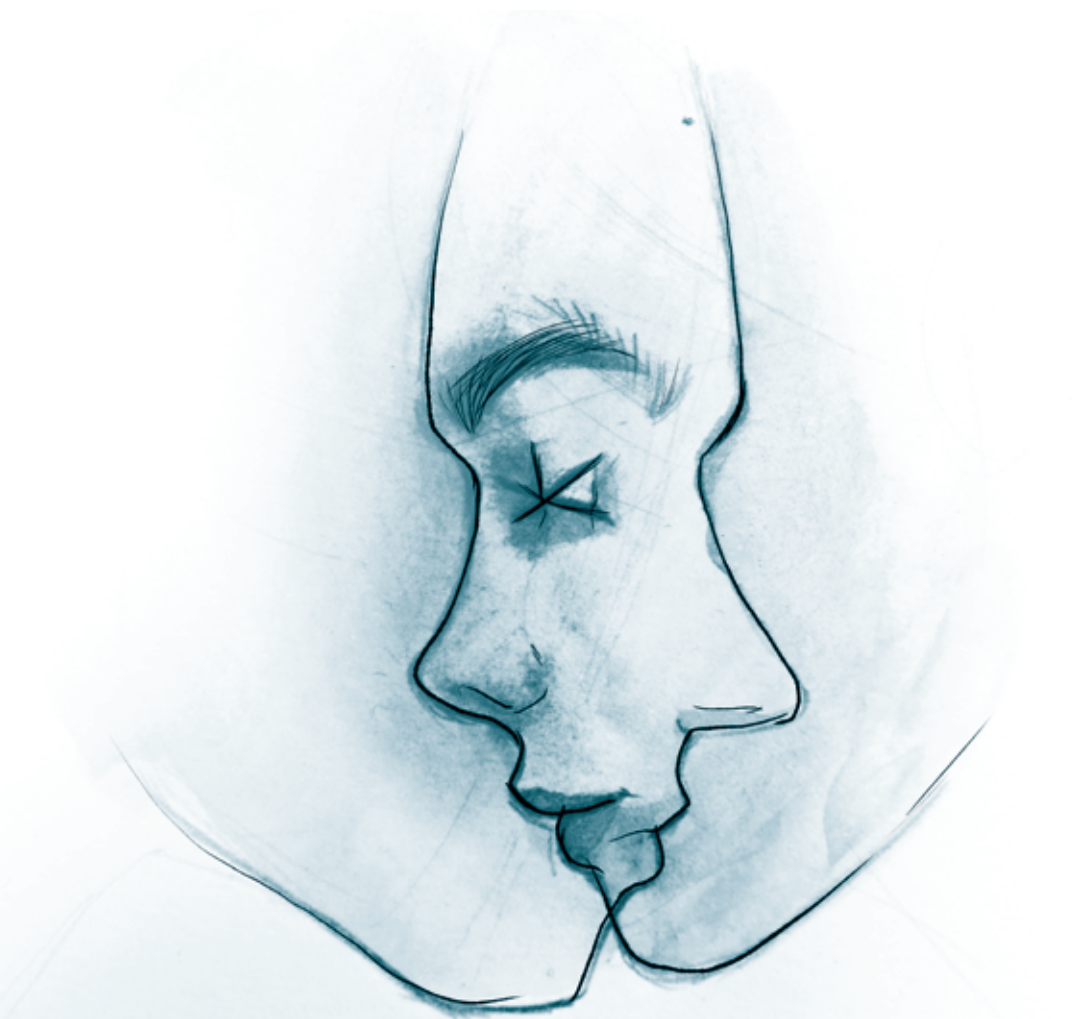
Por eso, cuando empecé a andar, tropezaba cada dos por tres. Cuando empecé a hablar, usaba mal las palabras y si decía «todo bien» quería decir «todo mal». Y quien no sabe decir lo que siente se queda encerrado en sí mismo para siempre.

¿Tú te has sentido alguna vez solo en el mundo?

¿Te has sentido alguna vez como si tuvieras algo sin resolver en el corazón, como si estuvieses quieto y todo lo demás siguiera moviéndose a tu alrededor? ¿Te has sentido alguna vez incompleto?

¿Te has sentido alguna vez sin un sentido, con la cabeza en otro sitio, demasiado lejos, quién sabe dónde, y el cuerpo allí quieto?

Yo me siento desde siempre así. Me dejó de pasar en el exacto instante en que te conocí.



Los dos con la chaqueta de cuero,
los dos con la sonrisa fingida de quien en una fiesta debe
 sonreír a la fuerza,
no parecías aburrido y no parecías especial
y quién iba a decir que después descubriría que en el fon-
 do eras las dos cosas
en días alternos, a ratos,
los dos con la chaqueta de cuero,
los dos con la misma estúpida melancolía sobre los hombros.
Había cosas de ti que no le decías a nadie,
se leía en tus ojos,
y eras lo bastante gallito para que me sintiera segura,
y yo era lo bastante inmadura para sentirme realmente
 segura de mí
pero no aquella noche.
Tú sabías qué decir y yo sabía escuchar,
y como siempre escucho demasiado y hablo poco,
tú me viste ruborizarme y preguntaste si mi vergüenza se
 debía al contexto o a otra cosa,

no se te pasó por la cabeza que toda mi vergüenza era por
ti y solamente por ti,
que nos dijeron que a los dieciocho años no se puede amar
de verdad,
nos dijeron que necesitamos un corazón maduro para que
se marchite,
para que nos aplaste,
nos dijeron que el amor es algo serio,
y cosa de adultos,
y tú y yo la noche antes nos reímos tanto que entendí que
nos habían dicho un montón de chorradas.
Nos habíamos conocido antes en otra vida
y en otra vida habíamos decidido que esa noche nos reen-
contraríamos
con la misma chaqueta de cuero
los dos, negra
como el cielo que detrás de nosotros se extendía,
como mi humor de siempre,
como las cosas que no me gusta contar,
que me hacen daño,
como nuestras almas
marcadas por las derrotas,
quizás esa noche debimos escapar
y, en cambio, nos quedamos allí
empalados
los dos con la misma expresión
sin notar que el tiempo pasaba,
navegando con los ojos
en el mismo mar.
Esa noche fuimos semejantes,

iguales,
entonces en verdad distintos,
en las antípodas,
opuestos,
ya te había conocido en mis sueños
y las luces de la fiesta no eran tampoco tan potentes,
por eso pude reconocerte,
el amor estaba en tu chaqueta de cuero negro,
yo lo encontré y me lo llevé conmigo,
tú lo recuperaste cuando todo acabó,
el amor estaba quieto en tus ojos,
yo me apartaba y él me perseguía,
corría de prisa,
cuando te vi
esa noche,
la primera,
lo reconocí.